

Antonina Rodrigo: *Mujer y Exilio, 1939*, Prólogo de M. Vázquez Montalbán, Madrid, Compañía Literaria, 1999.

Mary Nash: *Rojas. Las mujeres republicanas en la Guerra Civil*, Traducción de Irene Cifuentes, Madrid, Taurus 1999.

“Porque es imposible olvidar lo necesario”

El volumen de A. Rodrigo, *Mujer y Exilio, 1939*, es el segundo de una trilogía dedicada a la mujer de la República, de la Guerra y del Exilio. En él la autora, a través de veintidós biografías de mujeres luchadoras, nos brinda la posibilidad de reconstruir nuestra memoria histórica. “Se marcharon con la carga moral de la Razón- dirá Vázquez Montalbán en el prólogo- y nunca desertaron cuantas veces fue necesario defenderla a lo largo de vidas tan fecundas como empecinadas.” A estas biografías se unen cinco deliciosas postales finales que, como últimas pinceladas de este mosaico de vidas, anuncian las próximas biografías que A. Rodrigo va a rescatar del olvido, como es el caso de la investigadora M^a Teresa Toral, quien desarrolló en su exilio mejicano una importantísima -y desconocida- labor como grabadora.

Si en el primer volumen de esta trilogía titulado *Mujeres para la Historia. La España silenciada del siglo XX* (1996), A. Rodrigo destacaba, fundamentalmente, la trayectoria y la obra de mujeres comprometidas política e intelectualmente o ambas cosas a la vez -Federica Montseny, Dolores Ibárruri, María Teresa León o María Blanchard-, este segundo tomo¹, con voluntad de proyección más amplia, está dedicado a glosar las figuras de mujeres que participaron de forma tan heroica como anónima en la guerra civil. Guerrilleras como Manuela Díaz Cabezas, que sirvió de enlace durante la guerra, y que, a pesar de ser detenida y torturada, supo guardar silencio o Carmen Martín Belinchon, militante de Mujeres Antifascistas, una de las fundadoras del Sindicato del Ramo de la Aguja de la Unión General de Trabajadores; otras veces A. Rodrigo perfila la historia de milicianas como Rosario Sánchez Mora, “dinamitera”, mutilada de su mano derecha a los 17 años, inmortalizada por M. Hernández en su romance *Rosario, dinamitera* o de Teófila Madroñal, sargento de las Milicias Populares, luchadora impenitente por la justicia desde su exilio uruguayo.

Como un mosaico de vidas que dan vida, A. Rodrigo, con voz apasionada, alumbraba también la trayectoria comprometida de la filósofa María Zambrano, de la embajadora de la República en Suecia, Isabel Oyarzábal, o de la concertista Diana Pey, que desde su exilio

¹ El tercer volumen de esta trilogía dejará paso a las mujeres *olvidadas*, aunque los tres grupos de mujeres: *silenciadas, exiliadas y olvidadas* participen, en mayor o menor medida, de esta triple dimensión.

chileno concebía la educación musical como un medio para “hacer de la condición humana un valor estético y solidario”.

Otras veces nos muestra a esas mujeres que vivieron el drama de la guerra civil a través de sus hijos. Madres que acompañaron a sus hijos al exilio, como Ana Ruiz Hernández, madre de A. Machado, o que los sobrevivieron como Vicenta Lorca Romero, madre de F. García Lorca, o que incluso, a veces, les dieron la vida dos veces, como Elena Bonet, “madre coraje” de ocho hijos, uno de ellos asesinado en julio del 36. A su marido y al resto de sus hijos varones, entre ellos el ilustre biólogo Faustino Cerdón, salvó de un juicio sumarísimo.

Con afán caleidoscópico, también A. Rodrigo nos ofrece hermosísimas y vivísimas pinceladas de mujeres que hicieron de la utopía su divisa, como la cenetista Rosa Laviña, hija de Martí Laviña, aquel librero del *carrer estret* de Palafrugell que surtía de fiado a Josep Pla; o de Antonia Adroher, maestra y militante del POUM, o de Lola Iturbe, afiliada al Sindicato del Vestir a los 14 años, cuya casa fue refugio clandestino de numerosos militantes perseguidos o de Adela Carreras, conocida tras su estancia en los campos de concentración de Argelès-sur-Mer, Saint Cyprien y Bram como Adelita del Campo (de concentración), transmisora de la libertad a través de las ondas de Radio París, junto a su compañero Julián Antonio Ramírez.

Inolvidables además son los retratos de la escritora María Enciso, autora de un libro estremecedor, *Europa fugitiva*, de las preclaras juristas Clara Campoamor y Matilde Cantos y, posteriormente, Aurora Arnáiz, de la musicóloga Matilde de la Torre, informadora en 1935 de las torturas y represiones sufridas por los mineros de Asturias, a raíz de la revolución de octubre del 34, de la pintora, cartelista y diseñadora Manuela Ballester, directora del semanario *Pasionaria* (1937) integrado luego en el Comité de Mujeres Antifascistas, responsable junto a Josep Renau de la organización del Pabellón Español de la Exposición Internacional de París (1937), o de Carmen Eva Nelken, *Magda Donato*, mujer comprometida en el Ministerio de Propaganda y Secretaría de Propaganda durante la guerra, periodista, escritora y, sobre todo, actriz de teatro, exiliada en México, y galardonada allí finalmente con el premio a “mejor actriz del año”, por su interpretación de “La Vieja” en la farsa de *Las sillas* de Eugène Ionesco.

Vidas de mujeres útiles a la revolución como Sara Berenguer, Constanza Martínez, Carmen Prieto o Carmen García Lasgoity.

A través de un estilo imperceptible, con suave fluidez, A. Rodrigo nos da cuenta de los mayores dramas humanos: el horror de la guerra, la lucha por la supervivencia, la muerte de los seres queridos, el destierro. A la obra se suma además un conjunto de testimonios orales de algunas de las protagonistas, y de imágenes de todas ellas que proporcionan rostro a estas vidas de mujeres necesarias, forjadoras de la mujer de hoy. Por todo ello, *Mujer y Exilio, 1939* es, según nuestra opinión, una obra de lectura necesaria. Como necesaria es también la lectura de *Rojas. Las mujeres republicanas en la Guerra Civil*, obra escrita por Mary Nash, catedrática de Historia Contemporánea de la Universidad de Barcelona. Justamente esta última primavera (18-20 de mayo) M. Nash, junto a la profesora Susanna Tavera (Universidad de Barcelona), organizó el VIII Coloquio Internacional *Les Dones i les Guerres*, una de cuyas sesiones -tal vez la que tocó más el corazón de los asistentes por los testimonios de vida presentados- estuvo dedicada a *Las mujeres republicanas y la guerra civil*.

En *Rojas* M. Nash, desde una perspectiva de género, nos introduce en el universo femenino de la lucha antifascista durante la guerra civil, a partir de la experiencia colectiva

y el protagonismo de las mujeres republicanas. Como muestra Nash, la lucha activa de estas mujeres durante la contienda constituye para muchas de ellas una experiencia liberadora que ayudó progresivamente a configurar nuevos roles superando las limitaciones tradicionales de la condición femenina.

La progresiva transformación de las sumisas imágenes tradicionales de las mujeres que se convirtieron de “ángeles del hogar” o de “perfectas casadas” en milicianas y luchadoras de las trincheras, madres combativas o heroínas anónimas en el frente o en la retaguardia, eslabonó, de manera inusual, el camino hacia la emancipación femenina. Objetivo cuyo alcance se lograba, además de por la educación o la consecución de los derechos laborales y legislativos, a través del compromiso político o simplemente el papel activo en la guerra. Como afirma M. Nash, “la movilización femenina durante la Guerra Civil ensanchó los límites de las esferas pública y privada y redefinió las fronteras de la domesticidad”. Domesticidad que se vio catapultada por esas organizaciones antifascistas femeninas, unidas algunas de ellas en ese Frente Popular de las mujeres, a nuestro juicio uno de los capítulos de mayor atractivo de este ensayo, que une, además, a una exhaustiva información bibliográfica un excelente estilo llano. Por todo ello, *Rojas. Las mujeres republicanas en la Guerra Civil* es también de lectura necesaria.

Con inquebrantable esperanza, el epílogo final de la obra titulado “¿La batalla perdida?” reflexiona sobre el posible legado de esta experiencia y plantea cómo “aunque el régimen de Franco cortó el camino hacia la libertad y la emancipación, no consiguió anular completamente la experiencia social de aquellos años”. Como Antonio Machado creía: “... para los estrategas, los políticos y los historiadores todo está claro: hemos perdido la guerra. Humanamente hablando, yo no estoy seguro. Quizá la hemos ganado.”

Neus Samblancat Miranda
Universitat Autònoma de Barcelona